

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—Las dos heridas, poesía, por Pablo de Amallo. Paulina Rubens, novela, por E. B.—Miseria, leyenda, por Facundo Migués.—

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

(Continuacion.)

Me condujo á mi cuarto, á este mismo, puso dos colchones de los suyos sobre el colchoncillo verde, único que decoraba la cama inmemorial, y despues de haberme prodigado toda clase de atenciones me dijo al retirarse:

—Antonio es un poco brusco, pero bueno en el fondo, muy bueno!

Al día siguiente, agravado mi mal, no pude dejar el lecho, en el cual permanecí ocho meses.

Yo no sé de qué medios se valdría aquella

santa mujer, para hacer que su marido no me arrojase á la calle: lo que sí es, que no hubiera estado mejor ni mas cariñosamente asistido si hubiese sido mi madre la que hubiese velado á la cabecera de mi cama.

Al fin recobré la salud; pero quedando en el estado que V. vé. ¡Ah! Enriqueta, que iba á ser de mí, solo en el mundo, solo, con mi exigua paga de subteniente, é inútil para el trabajo!

No obstante, yo adivinaba todos los milagros de caridad que tenia que obrar la pobre abuela para tenerme á su lado, y un día la manifesté mi decision de partir.

—Partir! me dijo, en extremo conmovida; qué ingratitud! Ahora que yó necesitaba de usted...

—De mí, exclamé sorprendido.

—Sí, para que nos ayudase á mí y á mi marido.

—Ayudarle yó! murmuró sonriendo tristemente.

—Pues! repuso la abuela con mucha seriedad. El caso es que una ama de casa debe estar

en ella, y velar sobre todo, si no quiere que el despilfarro diario reduzca á cero los beneficios exteriores. Ahora bien: durante los trabajos del campo, mientras mi marido está en una posesion, yo tengo que estar en la otra, y en vez de llevar las cuentas de la cocina, ocuparme de las de la hacienda. Además, que tampoco me queda tiempo para coser, y me veo precisada á sostener una doncella, en lugar de que si mi marido tuviese quien le ayudase á velar sobre los trabajadores, yo podría suprimirla y entregarme enteramente al gobierno de la casa.

Ya vé usted que el trabajo que usted tendria que hacer podria hacerlo sentado.

Mi marido estaba tan contento con mi arreglo, porque á la verdad, veia como yo que todas las ventajas estaban de nuestra parte.

Yo quise arrojarle á sus piés y bendecirla.

—No, me dijo sonriendo, nosotros somos los que ganamos en esto.

¡Ah, bien lejos estaba de ser así: yo entré á formar parte de la familia; pero la doncella quedó suprimida, y la pobre abuela tuvo que sufrir muchas privaciones y entregarse á los más rudos quehaceres.

Esto me desgarraba á veces el corazon; pero ella venia á mi con su dulce sonrisa y aducia tal copia de razones para probarme que hacia su gusto, que casi siempre acababa por convencirme y dejarme consolado.

Llegó á tanto su delicado modo de proceder, que no solo consiguió que su marido me estimase y me juzgase útil, sino que hasta yo mismo muchas veces, me hago ilusion de que sirvo para algo y no soy un estorbo en esta casa.

Así és que he me identificado tanto con ella por la gratitud y por el afecto, que cuando no la veo me parece que he perdido la luz de mis pupilas, que soy ciego.

Don Tomás casi lloraba al decir esto: yo estaba vivamente conmovida, y cosa estraña, ya no sentia ningun movimiento de despecho. La emulacion se veia precisada á ceder su lugar al entusiasmo que nos inspira una virtud esclarecida y justamente celebrada.

Hasta aquí todo iba regularmente, mi áma-

da Julia, pero necesito descansar antes de referirte los sucesos de aquel memorable dia.

VIII.

Voy á continuar, querida Julia, mi relacion, reclamando tu indulgencia.

—En fin, les dije suspirando, ella no está, y procurarémos arreglarnos del mejor modo posible. Para esto he subido. Dígame usted qué es lo que le hace falta...

—Yo te lo explicaré, interrumpió la pequeña María. Mira se le pone delante aquella mesa, que está allí, y tío Tomás escribe, y nosotros tambien, porque tú no sabes... nosotros escribimos...

Fuí á coger la mesa, pero quise apresurarme tanto á llenar mi cometido, que di un golpe con ella á Luis, el cual se echó á llorar amargamente.

Mientras procuraba consolarle con mis caricias, María repuso:

—Ahora abres aquel armario, y sacas los objetos necesarios para escribir. En un estante encontrarás los tinteros, y las botellas de tinta, y las plumas, y en el otro papeles.

Enarbolé las llaves y me diriji magestuosamente al armario, pero probé una porcion de ellas, sin poder hallar la que buscaba.

Impacientada con mi propia torpeza, exclamé refunfuñando:

—Qué manía de cerrarlo todo! Como si en las casas hubiese ladrones!

Por fin la encontré, y saqué tres tinteros y los papeles que don Tomás me designó.

—Le falta el lapicero, dijo María sonriendo.

Yo me puse á buscarlo, pero como tardase en hallarle, para ver mejor, coloqué tres grandes botellones de tinta en el estante de los papeles. Por fin, despues de hacerlo todo, como yo tenia costumbre de hacer en mi papelera, di con el malhadado lapiz.

—Le falta otra cosa, dijo María dando palmaditas. Un taburete para los piés, el que está en aquel rincón, y una almohada para recostarse.

Para complacer más pronto á don Tomás dejé abierto el armario, corrí á la cama, tiré de una almohada, sin cuidar del desórden que producía, y fuí á llevársela juntamente con el taburete.

Entretanto, el niño seguía llorando, con tanta mayor furia, cuanto veía que no le hacíamos caso.

—Vamos, Luisito, dijo don Tomás, que el daño no ha sido tan grande para que te lamente así! Ven á dar tus lecciones y á escribir, para que tu mamá vea cuán bien lo haces.

Yo cogí al vuelo la ocasion de apaciguarlo, y exclamé con aire de proteccion.

—Dispénsele V. por hoy... hoy hará fiesta.

Secáronse al oír esto como por encanto las lágrimas del niño, y se puso á dar brincos de alegría.

—¿Y yo tambien? dijo su hermana.

—Tú tambien, y para que juguéis y esteis contentos, os voy á dar una cosa á cada uno.

Subí volando á mi cuarto. Cogí un retazo grande de un vestido mio de seda, y una hermosa estampa, y volví triunfante á la habitacion de don Tomás.

Pero en ella ya no reinaba la alegría de antes. Los niños estaban aterrados, y don Tomás ojeaba un gran cuaderno, murmurando tristemente.

—El trabajo de un año perdido, de todo un año!

El cuaderno parecia un mapa lleno de inmensas cordilleras negras. Entonces mi vista, pasando rápidamente del cuaderno al armario, contempló el espectáculo más horripilante. Los tres botellones colocados al borde, se habían hechos pedazos, y estantes, armario y suelo, todo estaba convertido en un lago tan negro, como la desesperacion que se apoderó de mi alma.

Un enorme gatazo, que estaba encima de la ventana, mirándome con sus ojos verdes y relucientes, como si se estuviese burlando de mí, era el autor de tanto estrago.

(Continuad)

Angela Grassi.

LAS DOS HERIDAS.

En triste lecho postrado,
su muerte cercana viendo,
con el pecho atravesado
se hallaba desesperado
un guerrero maldiciendo.

Y á su lado con dulzura
mitigando aquel dolor,
que fuera su desventura,
mientras le hacia la cura
grave se via un doctor.

El herido exasperado
por el dolor, blasfemaba,
se retorcia y juraba,
é impasible le curaba
el doctor sério y pausado.

Y cuando al fin acabó
de curarle, con severa
faz á todos despidió,
y de este modo le habló
sentado á su cabecera.

—Sin razon os enojais
por el dolor que sentís,
que aunque es cierto que sufrís,
mas que sufrís os quejais.

¿Qué significa esa herida
que hora tanto os desespera?
Tan solo una pasajera
contingencia de la vida.

Sufrireis un mes quizá,
dos, de terrible agonía,
pero al fin llegará un día
en que cicatrizará.

Y entonces sano y contento
de ello contareis la historia,
sin que guardéis la memoria
siquiera del sufrimiento.

Vedme á mí, mi rostro nada
revela de sentimiento,
sin embargo, hondo tormento
sufre mi alma desgarrada.

Y si tal es el dolor
de la materia grosera,
¿el del alma que la impera,
decid, no será mayor?

La materia al fin perece,
y sus dolores con ella,
pero ¿quién borra la huella
de los que el alma padece?

Remedio á toda dolencia
del cuerpo la ciencia dá,
mas ¿que remedio opondrá
al mal del alma, la ciencia?

Con todo, aunque estoy seguro
de que á mi mal no hay remedio,
y aunque me devore el tedio
al pensar en lo futuro.

Con mi mal aterrador
sin esperanza batallo,
y padezco y sufro.... y callo,
sin pregonar mi dolor.

Con que dejad de gemir
y el dolor no exagereis,
ya que lo que es, no sabéis
sin esperanza sufrir. —

Calló el Doctor, y salió,
al pobre herido dejando
en sus palabras pensando,
y al fin el tiempo pasando
de la herida se curó.

Y hablando los dos un día,
dijo al doctor el herido:
—Debóos la existencia mia
razon teneis. Ha salido
cierta vuestra profecía.

Ya de nada me resiento,
respiro bien, como y ando
y segun va el tiempo andando,
voy mi pasado tormento
cual digisteis olvidando.

—Veis, dijo el doctor, que fué
cierta, ya la veis cumplida,
vos curasteis de la herida,
¡yo solo alivio hallaré
en el cielo, en otra vida!

Pablo de Amallo.

PAULINA RUBENS.

(Primera parte).

(Continuacion.)

En esta situacion llegaron á París y se apearon en una de las posadas más humildes próximas al Palais-Royal.

Nada es capaz de aumentar la tristeza tanto como esas posadas abiertas al primero que llega, que mudan de dueño cada dos ó tres días y cuyos muebles sucios, desiguales y grasientos forman el conjunto más desagradable de los desechos y escorias de todas épocas. Las paredes desnudas serian preferidas á los pintarrajos de los papeles ya decoloridos, que las cubren. Mas valdria acostarse en el suelo que entre aquellas sábanas de algodón de equívoca blancura, que exhalan una humedad nauseabunda. Nuestros tres desgraciados no habian pasado en su vida una tarde y una noche más tristes. La lluvia azotaba con violencia los vidrios; el viento se metia por la chimenea y arrojaba hacia en medio del aposento la llama débil y el humo que producía un haz de leña verde. Jorge, reconcentrado en sí mismo, no encontraba ni una palabra que contestar á los consuelos con que su muger procuraba animarle; Adriano aterrorizado, se arrojaba estrechamente á su madre, y esta necesitaba rogar á Dios para no sucumbir al desaliento y dejar correr sus lágrimas.

El cansancio le obligó al fin á rendirse al sueño, no al sueño que conforta y regenera el cuerpo, sino á una especie de amodorramiento febril, mezclado de pesadillas, que sin borrar la realidad, la aumenta con fascinaciones fantásticas. Luego que amaneció, salió Paulina y no volvió á la posada sino después de bien entrado el día. Había prevenido á su esposo que no la esperara hasta esa hora. Durante la ausencia de su muger, Mr. Van Eyckens sufrió más de lo que habia padecido hasta entonces. Se le figuraba que el único consuelo y la única esperanza que le quedaban aun, habian desaparecido con ella. Sintió una verdadera alegría, cuando su oído, que estaba en acecho, percibió el ruido que hacian en la escalera los pasos y la ropa de Paulina. Corrió á su encuentro, la estrechó contra su pecho, la



abrazó tiernamente quejándose del largo abandono en que por tanto tiempo le había dejado. Estas sensaciones afectuosas le reanimaron algo y una especie de felicidad melancólica les hizo menos espantoso el cuarto de la miserable posada.

Por la mañana del día siguiente, Paulina se escapó como el anterior muy temprano y al volver cerca del medio día, traía la frente serena y los labios riñosos.

—Jorge, exclamó, desde ayer me he ocupado en procurarnos un alojamiento mas agradable y mas barato que este desvan. Creó haber encontrado uno que nos conviene; ¿querrás venir á verlo conmigo? Enseguida presentó el brazo á su esposo, tomó al niño de la mano y los condujo hacia el barrio casi desierto en aquella época, del arrabal Montmartre. La calle de los Mártires empezaba á formarse; pero en vez del monton de casas que ahora impiden la vista por todas partes, jardines inmensos ostentaban entonces graciosamente los espesos follages de sus arboles y el verde tapiz de sus plantas y yerbas. Caía sobre estos jardines la única ventana que tenía un piso cuarto compuesto de una salita, una cocina y un gabinete. No podía encontrarse un nido mas encantador ni dispuesto con mas gusto. Había en él una especie de elegancia, llena de franqueza y sencillez. Dos armarios de nogal, una cama, una mesa, una cómoda, algunas sillas y un gran sillón componían todo el ajuar.

Unos cuantos grabados de mérito colocados en cuadros de box realzaban el color gris del papel que adornaba las paredes. No faltaban mas que unas colgaduras en la ventana, y para esto se veía preparada ya la tela sobre la cama, esperando solamente las tijeras y aguja de la costurera. Paulina se quitó el sombrero, se sentó junto á la chimenea, adonde cocía suavemente un puchero, que ella miraba de cuando en cuando y empezó á cortar y coser las colgaduras.

Su marido la miraba con sorpresa: ella se sonreía y le dijo presentando su frente para que la besase:

—Estamos en nuestra casa, Jorge.

—¿En nuestra casa, Paulina?

—Sí, amigo mío. Este es el resultado de mis expediciones y ausencias. Descubrí este lindo rincón, no nos cuesta mas que 200 francos de alquiler al año; enseguida he ido á comprar muebles, utensilios de cocina, todo lo que nos es necesario; he hecho transportar aquí nuestro equipage y hétenos ya instalados. ¿Estás contento?

Jorge no pudo contener sus lágrimas.

—La esperanza, dijo al fin, renace en mí; ya no dudo de tu valor; porque lo confieso, Paulina, dudaba de tí; hallándome yo sin fuerza ninguna, no podía creer hallar en tí la fortaleza. En adelante, no quiero entregarme mas á una indigna debilidad. Quiero imitarte, quiero hacerme digno de mi esposa. Yo trabajaré para volver á adquirir fortuna y comodidades, querida Paulina.

Se sentó á los pies de su muger; esta pasó el brazo al rededor de su cuello estrechándole suavemente y separando los cabellos que le caían sobre la frente le besó en ella con ternura.

En estos momentos se olvidaron de Amberes, de su desgracia, de su pobreza para entregarse libremente á su felicidad. Paulina en enaguas y corsé, sirvió por sí misma la exquisita comida que había preparado con sus manos y que es menester confesar era digna de la más habil cocinera flamenca. Al levantarse de la mesa quitó todo el servicio y lavó la loza en su cocina, acomodándose á todas estas humildes operaciones con una facilidad tal, que sus delicados dedos apenas se mojaron al fregar.

Volvió enseguida con su marido, que la consideraba con admiración, encendió luz y se puso á coser sus colgaduras, rogando á su esposo que leyera algo en voz alta.

El ajuar del cuartito no había costado mas que seiscientos francos: el viaje de Amberes á Paris y la estancia en la posada habían consumido casi la cuarta parte de esta cantidad; era pues, preciso pensar en reservar el resto de los cuatro mil francos que constituían toda su fortuna. Se hacía por consiguiente necesario que Jorge buscara en que ocuparse. Paulina resolvió ahorrar también á su marido la incomodidad de las pesquisas para hallar colocación y marchó á casa de uno de los corresponsales de M. Van-Eyckens. La muger de este banquero era una de las amigas de infancia de Paulina y la amistad había unido hasta entonces á los maridos de ambas.

Paulina, que se había creído dichosa siempre que se le presentaba un desgraciado, esperaba encontrar una acogida agradable en casa del banquero. Su sorpresa fué grande, cuando la madre de este la manifestó por medio de un criado el sentimiento que la causaba el no poder recibir á madama Van-Eyckens; el banquero no pudo ocultar su desagrado cuando vió entrar á la joven en su gabinete. El primer movimiento de Paulina fué el de retirarse, pero la idea de su esposo é hijo la hicieron reprimir su indignación y declaró con candidez al banquero lo que esperaba de él.

—Mr. Van-Eyckens, le dijo, ha cedido á sus

acreedores toda su fortuna y la mia. Necesita una colocacion inmediatamente por humilde que sea, hasta que se le presente una ocasion favorable de volver á entablar sus negocios; admítidle, señor, en vuestro escritorio.

—Madama, replicó el banquero con fria sonrisa, Mr. Van-Eyckens ha sido mi corresponsal en Amberes. Hemos mantenido nuestras relaciones hasta el dia de su quiebra, en la que felizmente no me interesó sino en una pequeña suma; hasta aquí todo vá bien. Pero respecto á lo que me pedís, señora, encuentro mil obstáculos que no me permiten consentir, á no ser que quiera meterme en compromisos desagradables. Un hombre como Van-Eyckens acostumbrado á dirigir una fuerte casa de comercio haria un dependiente muy malo; y yo tampoco me atreveria á mandarle y reprenderle.

Paulina hizo un movimiento de disgusto y se levantó para irse.

—No os enfadeis, señora, añadió el banquero con embarazo; pero los negocios son negocios, se manejan con guarismos y no por medio de sentimentalismo y protestas de amistad. Sin embargo si Mr. Van-Eyckens necesita dinero, estoy dispuesto á favorecerle; yo le descontaré todos los billetes, que me presente con su firma y la de otra persona conocida.

Paulina salió de la casa de este hombre con el corazon traspasado y vencida por el desaliento. Anduvo á la ventura por algun tiempo antes de volver á su habitacion, para dar lugar á que se enjugaran sus lágrimas. Consideraba con espanto la suerte que iba á caberles á ella, á su esposo y á su hijo. No veia á su alrededor sino miseria y abandono. Cuando entró en su casa, halló á Mr. Van-Eyckens, sentado junto á la mesita, escribiendo con empeño en unos libros de comercio.

—He querido mostrarme digno de tí, dijo á su muger; me ido á preguntar al droguero de la esquina si conocia á alguno del barrio, que necesitara un dependiente esperto en la teneduria de los libros de comercio. El me propuso si queria poner los suyos al corriente y nos hemos convenido mediante la suma de 300 francos al mes. Si está satisfecho de mí, me encargará nuevos trabajos y tratará de colocarme de cajero en casa de su cuñado. Ya por hoy he concluido, añadió levantándose; y espero que el droguero quedará contento por que he puesto todo mi cuidado y he escrito todo lo mejor que sabia.

(Continuará.)

E. B.

MISERIA.

Leyenda de la edad media.

Algunos años despues de la venida del Mesias, se veia en lo alto de una montaña una estrecha cabaña, edificada con ramas secas, cubierta de paja, rodeada de un jardin cercado, donde habia un magnifico peral. Allí vivia con el mayor desinterés de los bienes de este mundo, feliz y tranquilo, un buen hombre; Miseria. Poner algunas piedras en la pared que defendia su cabaña, abierta á las visitas de los lobos, cerrar bien la puerta y la ventana, dar alguna vez un golpe de azada en su jardin, y de tiempo en tiempo coger un palo para ir á dar sus vueltas por los castillos que se veian en las inmediaciones, seguido de Leon, un perro delgado, muy poco manso, pero muy inteligente; tales eran las ocupaciones de nuestro huésped.

Cuando Miseria habia llenado sus alforjas de lo necesario, de legumbres secas, de pan bien cocido y de lana para hilar; cuando habia reunido en torno de su cabaña algunas ramas de leña; cuando habia tapiado con cuidado los agujeros y rendijas de su morada, aguardaba con paciencia los rigores del invierno. Llegado este, era su ocupacion el hilar el lino, oficio productivo en sus felices tiempos en que no habia hilanderas en los valles del pais. Comia con sobriedad; pero no se moria de hambre. En cuanto al frio, se hallaba habituado á él hacia muchos años. Además, le habian dado un jergon y una buena manta, aunque un poco agujereada.

Cierto año, el invierno no poco rigoroso, se prolongó mas tiempo de lo acostumbrado. Miseria se encontró con las provisiones agotadas, y esto le incomodaba un poco; mientras le quedó algo, no comia sino su pedazo de pan y su caldo, con tan buen apetito como un rey. Sin embargo, continuó el mal tiempo, y Miseria una noche no tenia mas que dos pedazos de pan. Los dividió para multiplicarlos en cuatro partes, tomó uno y dijo sonriendo: «dentro de tres dias veremos» Poseyendo todavia leña, hizo fuego, y se puso á calentar, cantando con voz trémula las alabanzas al Señor.

De pronto llaman á la puerta, No estando habituado á recibir visitas, Miseria no trataba de abrir á aquella hora; pero, pensando en el frio que debia de sentir el forastero, se levantó, y viendo al perro dar saltos de alegría á la puerta, olfatear, arañar, y dar mil señales de reconocimiento, no titubeó en que fuese gente de paz, viendo la gana que tenia el perro de recibirle. En cuanto abrió, entró precipitada-

mente un hombre todo cubierto de harapos, amaratado de frio. con cara de morirse de hambre y le preguntó con voz afable.

—¿No eres tu Miseria?

—Yo soy, respondió el anciano.

—Me han dicho que me darias hospitalidad, y vengo con confianza.

—Habeis hecho muy bien; porque no se dirá que Miseria deja perecer por su culpa á una criatura hija de Dios.

—Que él te bendiga, respondió el desconocido, pues que amas á su Hijo.

A estas palabras Miseria se siente estremecer; una cosa desconocida penetraba en su cuerpo, y sentia renacer el vigor de la juventud.

—Antes de venir aquí, añadió con tono alegre el forastero, he ido primero á las posadas, y me han respondido que no daban albergue á ladrones, y que me marchase inmediatamente. He llamado á la puerta de los castillos, y, ó no querian incomodarse, ó no querian recibir á un desventurado; uno me dijo que me fuese al diablo, el otro que me fuese á la puerta del vecino. Este pretestaba que no tenia silio ni aun para colocar su familia, y que el pajar estaba ocupado; pero me ha indicado la cabaña. Tu me has abierto, y te doy las gracias, pues tengo frio, y tienes fuego.

El perro lamia con afan los pies casi helados del forastero. Miseria, asombrado, exclamó:

—Creo que habeis hechizado á mi perro, que es tan malo para todo el mundo; pero no importa, debeis tener hambre, y hé aqui lo que os voy á dar.

Sacó el anciano del armario los tres pedazos de pan, que ofreció al desgraciado, sin acordarse de que era su última comida. Despues, tendiendo su jergon, hizo acostar al viajero y envolverse en la manta vieja.

El perro se tendió á los piés del nuevo huésped, y el amo de la cabaña se durmió sobre un escabel, cerca de las cenizas calientes.

Un momento antes de amanecer, los dos se despertaron, y la primera cosa que hizo Miseria fué el ir á examinar el cielo, para ver si era posible el ir á pedir.

Apenas sintió la tibia brisa de una mañana de primavera, cuando manifestó su gran sorpresa, no comprendiendo tan extraordinario y repentino cambio.

—Tenemos buen dia, le dijo al salir el forastero; dia que podrás proveer. En cuanto á mi, te dejo. Pero replicó con un tono mas grave, me has cedido tu cama, dado tu último pedazo de pan, sin saber si podrias proporcionártelo para tí hoy, ¿qué te debo dar por esto? Pide lo que quieras, puedo concedértelo todo. Tú has obrado segun mis mandatos, y recibirás tu recompensa. ¡Yo soy Jesucristo!

A este nombre santiguóse Miseria, se arrojó á sus piés, y dijo al Salvador.

—Ya no me admiro, buen Dios, de lo que hacia Leon. En cuanto á lo que yo quiero... Señor, no tengo necesidad de nada, me encuentro feliz tal como soy.

—¿Estás bien seguro de no querer nada? Piénsalo, Miseria.

—Poca cosa, señor Jesús: tengo un peral que dá muchas y muy ricas peras; pero los muchachos del lugar me las vienen á robar, quisiera que cuando subiese alguno sobre el árbol, no pudiese bajar de él sin mi permiso.

Sonrióse el Salvador, y echó sobre Miseria una mirada celestial; le dió el poder que pedia, su bendicion, y desapareció.

Miseria hizo entonces su oracion con mucha devocion, cogió enseguida sus alforjas, y seguido de Leon, fué á pedir á los castillos de los señores de los alrededores.

Todo el mundo se encontraba, á la vista de aquel dia y del magnífico tiempo, en el camino de paseo, hallándose en él la mayor parte de los señores, á cuyos castillos se dirigia. Uno de ellos, acompañado de vasallos, le gritaba con voz ruda:

—Miseria, pasa al castillo, dí que me has encontrado, y que te dén, y reza un Padre nuestro por mi intencion.

Mas lejos se le muestra en lontananza, y dominando la altura, una jóven castellana que venia al galope, seguida de sus pajes y de su esposo. Detuvo el impetuoso corcel, y dijo con voz deliciosa:

—Miseria, pobre viejo, hace largo tiempo que no te he visto. ¿Estás bueno? Dile á Mariana de mi parte que te socorra, y sobre todo reza por mi.

Y viva, alegre y sin temor, lanzó su caballo al galope, y desapareció con la rapidéz del relámpago.

Miseria se hallaba lleno de felicidad: se dirigió á los castillos, y rebotando de agradecimiento y amor, y dando con emocion gracias á Jesucristo por aquel buen dia, volvió á su cabaña, casi encorvado bajo el peso de las limosnas que le daban, y que no tenia donde acomodar.

Pasáronse así largos años, sin que el pobre viejo recibiese otra visita; pero cogiendo cada dia un muchacho subido sobre el árbol y pegado á él.

Una tarde de verano, cuando apenas quedaban algunos rayos de sol, del que Miseria se libraba guarecido en su cabaña, en medio del valle silencioso sonó una voz lúgubre y vibrante.

—¿Miseria, Miseria!

Tembló este con todos sus miembros, haciendo estremecer el poyo de piedra sobre que se hallaba sentado. ¿Pero cual no fué su temor, cuando al volver la cabeza vió á su lado la muerte, la muerte misma? Poco á poco fué reponiéndose del susto. Miseria vuelve en sí; sus ojos brillan de pronto con vi-

veza, se quedó tranquilo, y respondió á la Muerte:

—¿Qué me quieres?

—¿El que quiero? ¿No me conoces? Soy la Muerte: vengo á llevarte.

—¿Cómo, ya!

—Debes agradecerlo. Arrastrando tantos años una vida de miseria, fatigando á los hombres con tus asquerosos harapos y tus importunas peticionss, la vida debe pesarte: ven, pues, ven; tu no eres ni embustero, ni borracho, ni ladrón; amas á Dios y á tu prógimo, ¿qué temes en el otro mundo? Tú estás viejo y cascado, ¿qué echas de menos en este? Déjame llevarte; mi mano te será suave, amigo, la muerte es el descanso.

—No trato de negarlo; pero entre nosotros puedo deciros, que cuando los hombres no se cuidan de mí, sois demasiado buena para de mí ocuparos. Seguramente estoy viejo y achacoso; mas, sin embargo, os será igual dejarme algún tiempo aquí abajo, y si la vida que llevo es de las mas miserables, los muchos años que llevo en el mundo, me han habituado á ella, y me gusta llevarla.

—¿Es posible que los hombres sean tan estraños, que los que debían con razon temerme, me invoquen con furor, mientras que otros, á los que yo llevo consuelos, me rechacen? Sin embargo, tendré compasion de tu miseria mas que de tí mismo: prepárate á seguirme, y aprovéchate de algunos instantes que me ha ordenado el cielo te conceda.

—Puesto que no quereis escuchar nada, hay que tomar un partido: al cabo tal vez digais la verdad, replicó Miseria con resignacion: hacedme, pues, si gustais, el favor de ir á alcanzarme tres peras del árbol que está allí, y permitidme que, en estos momentos que seme conceden, las coma, ofreciéndolas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como un testimonio de mi gratitud por todo lo que me ha sido dado en mi larga vida sobre la tierra.

Por respeto á la Santísima Trinidad, la Muerte quiso acceder al último deseo de aquel cuerpo, cuya alma iba á dejar libre: sube sobre el árbol y coge las tres peras; pero en el momento de bajar el pié izquierdo se encontró cogida como un pájaro con liga.

Era una cosa estraña el verla así encadenada con la mano estendida tomando las tres peras y pegada al mágico árbol, las dos alas colgando como dos largos husos, mostrando su horrible osamenta, y á Miseria sacándole la lengua, y poniéndose el dedo en la nariz. Reia, reia, reia tanto cuanto podía, seguro de que no habia de morir.

La Muerte emplea á su vez la astucia de las súplicas; nada logró seducir á Miseria: el astuto la responde: amiga mia, me gusta mucho veros sobre ese frutal, y como lo encuentro muy gracioso, quiero dejaros en él al menos un mes. Además, como ha-

beis matado demasiada gente, debeis estar fatigada, querida mia y os vendrá bien un descanso en el que, respirarán los pobres mortales.

—No serás culpable de ese crimen, esclamaba la Muerte. ¿Crees que todo el mundo me deteste? ¡Oh! desengáñate; que no pudieses tú oír lo que yo oigo, los pensamientos, los gritos, las súplicas con que me invocan por todas partes, me conjuran y me llaman! Por un lado, almas elegidas que codician los tesoros celestiales; allí los que se abrasan de sed de venganza, los que atormenta la ambicion de riquezas ó revelan un amor impuro: por todas partes corazones ardientes que me aman, me buscan y persiguen, por fea y horrible que sea, cual si fuese la mas jóven y amable, la mas bella de sus novias. En otro lado están suplicándome con lágrimas, con furor: bastaria un gesto mío para rodearme de las sombras de una apasionada comitiva. ¡Librame! itengo que cumplir en este mundo una alta mision. ¡Si yo le abandonase, se aumentaria el vicio, y se apoderaria de él; la tierra se convertiria en un infierno, y no habria cielo para los hombres! Deja, deja, pues, su libertad á la Muerte. ¿No es preciso que yo conduzca los bienaventurados al pié del trono del Eterno? ¿No es preciso que yo purgue la tierra de los malvados, y entregue al demonio á los que le han servido?

—Pues que eres tan deseada y necesaria, quiero consentir en dejarte marchar; pero con la condicion, que no vendrás á llevarme sino á peticion mia ó por orden del Salvador.

—Haces mal en ponerme semejante condicion; más te valdria morir ahora y ser feliz en el cielo.

—Posible, posible es; yo estaré siempre á tiempo de llamarte; pero ahora me encuentro bien sobre la tierra. Pero, si quieres dejar ese hermoso árbol, has de jurar antes sobre los Santos Evangelios, no volver á acordarte de mi persona ni de mi nombre, hasta que yo te llame tres veces seguidas, ó Nuestro Señor Jesucristo te haya dado un mandato espreso.

La Muerte prestó juramento; Miseria entonces la dió permiso para bajar del peral encantado: dió un vuelo y desapareció por encima de los montes.

El Salvador no ha dado hasta el presente á la Muerte la orden, ni tampoco ha sucedido que el viejo montañés la haya llamado tres veces de seguida: por eso la Miseria existe siempre sobre la tierra.

Facundo Mígues.